

Lola

la bici



Ana Pérez Zaldívar

Ilustraciones de Ana Tejeda

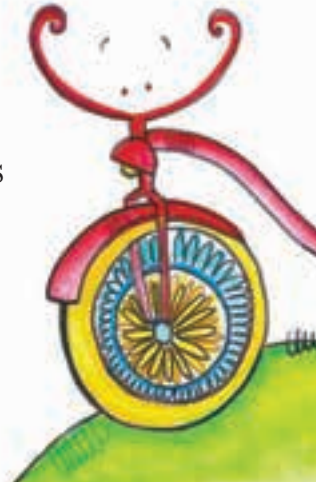

loqueleo
SANTILLANA

Índice

Los aguaceros son más fríos en Cuesta Arriba	7
Quiero ir a la escuela	19
Ganar no es siempre lo más importante	31
Actitudes que te hacen poner rueda de enfado	37
Los problemas se resuelven en comunidad	47

Los aguaceros son más fríos en Cuesta Arriba

Me llamo Lola Parche, aunque en casa me llaman Parchita. Soy una bici. En el lenguaje de los seres humanos adultos: una bicicleta niña. O una biciniña. ¿Por qué? Primero, porque todavía no tengo pedales. Los pedales en las bicis aparecen cuando ya tenemos algunos años. Y segundo, porque mi sillín es más grande que el de un biciniño. Cuando nos hacemos mayores, nos volvemos diferentes por la posición de la barra, pero de pequeños nuestras barras son todas iguales. Y, por supuesto, al hacernos grandes nos crecen los pedales y el manillar. Eso nos pasa a todas.



Vivo en una comunidad donde la mayoría de las bicis somos de color rojo, unas tirando a morado y otras más bien a naranja, pero de color rojo al fin y al cabo. Pero también viven otras familias, bicis que vienen de otros lugares y que han llegado a nuestra comunidad, como por ejemplo las bicis celestes y las bicis marrones, que hablan otros idiomas. Las celestes vienen de un lugar lejos al norte. Decidieron venir a vivir a Cuesta Arriba, mi comunidad, porque aquí hacía menos frío y porque creían que teníamos bicis palanca responsables. Los palancas, así los llamamos, son bicis de tres ruedas (como triciclos, pero más grandes) que se ocupan de solucionar los problemas que surgen entre familias o vecinos. Se encargan de que tengamos repuestos cuando nos hacemos daño, de que haya una escuela para las bicis chiquitas y de que la clínica de reparaciones esté abierta. Es de-

cir, ¡son nuestros líderes, los responsables de que todo vaya bien en nuestra comunidad!

A los biciniños y a las biciniñas nos llaman *ruedines*. Si eres biciniño eres un ruedino; y si biciniña, una ruedina. Nos gusta pasar el día en la calle. Rodamos por donde es más plano porque todavía no sabemos frenar, pero estamos ansiosos de que nos crezcan los pedales para ir más rápido. Cuando nos cansamos, nos apoyamos en los bordillos y hablamos de nuestras cosas, de derrapes y de bucles (ya les explico qué son estos), y a veces también de lo que pasa en la comunidad.

Esta mañana, algunos ruedines estaban aprendiendo a hacer bucles. Unos estaban en el suelo mientras otros intentaban tomar impulso y mantener el equilibrio. Se quedaban un rato apoyados sobre la pared y luego empezaban de nuevo.



—¿Qué hacen? —preguntó una bicimamá que rodaba cerca de nosotros.

—¡Bucles! —dijimos todos a un tiempo.

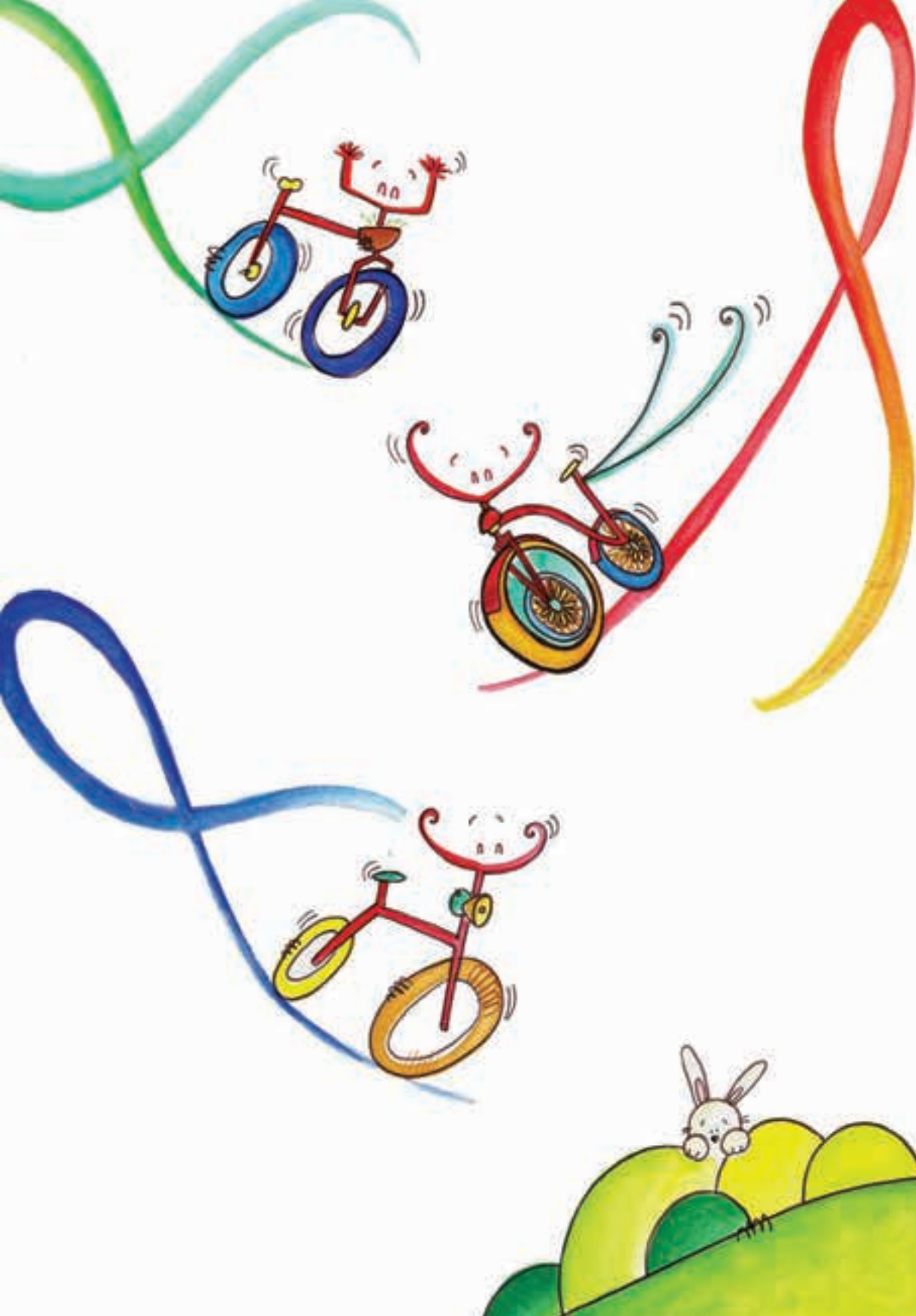
—¿Y qué es un bucle? —nos preguntó.

Pero cuando íbamos a responderle siguió rodando y no esperó la respuesta. A veces, los adultos piensan que lo saben todo y no escuchan. Yo, cada vez que escucho, aprendo algo.

Pero no se preocupen. Yo les explico qué es un bucle. Es una curva en forma de ocho. Desde que una bici nace, lo primero que aprende es a hacer bucles. Para hacerlos bien necesitas un poco de pendiente (pero no mucha porque, como cuando trazas un ocho en el papel, tienes que regresar al punto del cual partiste), y el terreno tiene que ser muy liso porque se hace solo con el impulso, ¡que es lo mejor del bucle! Otra cosa buena es que cuando los ruedinos y las ruedinas de mi

comunidad empezamos a hacer bucles nos dimos cuenta de que no había diferencias entre nosotros. Había ruedinas que hacían hasta tres bucles con un solo impulso, mientras que otras perdían el equilibrio nada más empezar. Y a los ruedinos les pasaba lo mismo: los había muy habilidosos, mientras que otros se caían enseguida. Pero no importaba, porque lo divertido era *buclear*. ¡Nos sentíamos todos iguales! ¡Y los monociclos y los triciclos y los tetraciclos (vehículos de cuatro ruedas) también hacían bucles! Y así nos pasábamos el día: mientras unas bicis aprendían, otras organizábamos campeonatos, charlábamos, reíamos. No reparábamos en ninguna diferencia entre nosotros y nuestros colores, nuestras ruedas y nuestros tamaños.

Pero no siempre podíamos hacer bucles. El día en que algunos ruedines tenían la rueda



pinchada, ellos no podían buclear. Esto nos pasaba a veces. Y cuando no había parches en la clínica de reparaciones, pasábamos varios días sin poder movernos.

Además de los bucles, nos gustaba hablar de lo que nos preocupaba o de nuestros sueños.

—¡Pronto iremos a la escuela! —les decía mi hermana Bielita a las otras bicis.

—¡Yo no quiero! —decía una bici celeste.

—¡Yo sí! —decía yo—. ¡Yo quiero ser ruedamaestra cuando sea mayor!

Ruedamaestra es el nombre que se le daba a la bici que enseñaba en la escuela.

—Pero si solo los ruedinos van a la escuela —decía una bici guardabarros que barría por allí—. Ustedes, las ruedinas, no tienen que ir.

Las guardabarros eran las bicis que se encargaban de recoger la basura que se iba acumu-

lando en la calle. Ellas solían hablar con nosotros mientras rodábamos por las calles. A veces no los veíamos en varios días, aunque no sé bien por qué. La basura se acumulaba en la calle: nos ensuciábamos más y nuestras llantas se pinchaban más a menudo. Yo le puse de apodo *Rueda de Enfado* al guardabarros, pero sabía que en el fondo tenía razón. Era cierto que generalmente solo los ruedinos iban a la escuela. Las ruedinas que empezaban el primer año dejaban pronto de estudiar, porque sus papás preferían que se quedasen en la casa.

—¡Yo quiero ir al colegio! ¡Quiero a aprender a subir y bajar escalones, a leer los GPS, a orientarme en la oscuridad...! —grité yo.

Bielita, mi hermana, se levantó, hizo un bucle y nos miró a todos:

—Realmente todos los ruedinos somos iguales. Solo nos diferencia el color, nuestras rue-



ESCUELA

das y de dónde venimos, pero todos podemos hacer las mismas cosas.

Todos los ruedines deberíamos ir a la escuela.

La mayoría sabíamos que aquello que decía Bielita era verdad. Lo que yo no sabía entonces era que ir a la escuela era un derecho: el derecho a la educación, uno que todos los ruedines tienen desde que nacen, independientemente de su color, su sexo o el número de ruedas, como decía Bielita. Y los palancas y nuestros papás tenían la responsabilidad de asegurar que fuésemos a estudiar. Los papás eran responsables de mandarnos a la escuela a partir de los seis años. Los palancas eran responsables de que hubiese espacio en la escuela para todos los ruedines y de que en la escuela

hubiese suficientes ruedamaestras para enseñarnos. El ruedamaestra nos había contado todo eso a Bielita y a mí.

Esa misma noche, mis hermanos y yo nos habíamos acostado temprano, pero yo no podía dormir. Hacía frío y llovía.

El techo del pequeño garaje donde vivíamos tenía agujeros. El suelo era de tierra, de manera que al mojarse entraba humedad por las llantas, las cuales se helaban hasta la cadena y luego se atasaban.

Cuando eres mayor, las ruedas son más grandes y te alejan del suelo, pero cuando eres pequeño casi puedes tocarlo y si está frío sientes frío. Lo anterior, sin embargo, no pasaba en todos los garajes.

Había garajes que tenían piso de cemento y un techo que los cubría bien. Los había hasta con



agua adentro, de modo que las bicis que los habitaban se podían lavar antes de dormir. El nuestro no era uno de esos garajes.